

January 2006

El proyecto educativo universitario: un proceso de iniciación

Hermano Antonio Botana. Fsc.
Instituto Lasallista, abotana@lasalle.org

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Botana. Fsc., H. (2006). El proyecto educativo universitario: un proceso de iniciación. *Revista de la Universidad de La Salle*, (42), 43-50.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

El proyecto educativo universitario: un proceso de iniciación¹

Hermano Antonio Botana. Fsc.²

UN RETO PARA HOY: RECUPERAR LA EDUCACIÓN COMO INICIACIÓN

La educación, tratándose de las edades de la infancia y juventud, es un *proceso de iniciación*, entendida ésta en toda su riqueza antropológica; es decir: el proceso a través del cual un individuo entra a participar en un grupo social, se integra en las relaciones de sus componentes, participa e interviene en su historia... El resultado es la adquisición de una identidad y la incorporación plena al grupo.

La educación cristiana surge históricamente como un proyecto de iniciación humana y cristiana que se preocupa de dar a los jóvenes las estructuras básicas para introducirse en la sociedad y en la Iglesia.

La entrada de los “contenidos” –las diferentes asignaturas– responde a una necesidad social, ciertamente. Pero va acompañada de un cambio profundo de orientación: la educación deja de preocuparse, ante todo; por la preparación para la vida –lo que se lograba con el desarrollo de estructuras lógicas y el establecimiento de relaciones– y pasa a centrar su atención en el aprendizaje y memorización de contenidos y la capacitación para los exámenes. Además, el currículum de contenidos vendrá impuesto verticalmente desde fuera y según los intereses en boga de gobernantes y otros poderes fácticos, con lo que se aumenta la dificultad

de conectar con las necesidades cercanas y reales de los alumnos.

Poco a poco se va distanciando «lo académico» y «lo educativo». Lo académico se identifica con los programas curriculares de las asignaturas impuestas desde el Estado. Lo educativo es todo aquello que tiene que ver con la vida real, con los intereses próximos de los alumnos y su maduración personal, con las relaciones sociales, con el desarrollo del pensamiento crítico, con la organización del ocio. Todo esto se considera como un «plus» que supera el proyecto de una universidad pero que «el buen educador» no puede dejar de atenderlo, por lo que pasa a constituir las actividades «extra o para-académicas»; en consecuencia, queda reservado para una élite, los que disponen de «tiempo libre», que son

¹ Conferencia pronunciada el miércoles 16 de Agosto de 2006 como parte del curso “Teología de la educación en una eclesiología de comunión” para todos los estudiantes del Departamento de Ciencias Religiosas de la Universidad de la Salle.

² Secretario Internacional para los Asociados Lasallistas y Miembro del Consejo Internacional de Estudios Lasallistas (CIEL), ambos con sede en la Casa Generalicia del Instituto Lasallista en Roma. Correo electrónico: abotana@lasalle.org

quienes pueden dedicarse a ello, o simplemente, los que pueden pagar estas actividades que, por no ser «académicas», no siempre están sujetas a la gratuidad.

Una universidad así no responde a la iniciación que la sociedad necesita; es lógico que esté condenada a desaparecer y sus educadores con ella.

LA UNIVERSIDAD: ÁMBITO DE VIDA PARA LA RELACIÓN

Para que una universidad sea *iniciadora* no puede reducirse a transmitir un programa de “saberes”. Debe elaborar su proyecto educativo en función de:

- *La persona*: para dar prioridad a la realización integral de cada miembro de la comunidad educativa, a su preocupación por despertar la capacidad personal de optar libremente, al ayudar a cada uno a encontrar sus posibilidades de vivir y al atender especialmente al marginado.
- *La sociedad*: para educar en la solidaridad y la pertenencia; educar para la justicia, situándola en el contexto de las relaciones comunitarias y sociales, de los sistemas y de las dependencias económicas; y planteando la vida universitaria y las relaciones internas desde estas claves.
- *La comunidad*: para fomentar lazos de solidaridad, de comunión, constituyéndose en lugar de encuentro y comunicación.
- *La cultura*: para situar los valores dentro de la cultura y señalar su relación con la vida y el entorno, iniciar en el método y proponer la pregunta más que la respuesta, cultivando el sentido crítico y desarrollando la creatividad.
- *La ciencia*: para la búsqueda de la verdad y el conocimiento de la realidad como medios para aumentar el saber, el poder y el bienestar de la humanidad, pero con una utilización responsable mediante la dimensión ética de las cuestiones científicas.

Para que una universidad pueda ser *iniciadora* ha de estar muy en contacto con la sociedad para la que inicia. Ha de captar sus necesidades, sus preguntas y preparar a los jóvenes para que asuman éstas antes de intentar responderlas.

El reto que hoy tenemos en la universidad en general, y más concretamente en la universidad católica, pasa primeramente por tomar conciencia, nosotros los educadores, de la sociedad en la que estamos. Ya no es la sociedad de la modernidad, de la razón organizadora, de los sistemas de contenidos; sino de la posmodernidad, donde el acento lo ponen las relaciones, lo fragmentario, el cambio.

Nuestro reto, hoy, no consiste en ver cómo añadimos nuevos aspectos a nuestro currículo universitario, sino en ver si somos capaces de reorganizar todo nuestro proyecto educativo a partir de este principio: la persona no se realiza fundamentalmente en la posesión de contenidos, sino en el establecimiento de unas relaciones adecuadas con su entorno, con las personas, con la sociedad, con la naturaleza. Los contenidos han de ponerse al servicio de esas relaciones, para interpretarlas y llegar a nuevas estructuras de convivencia. Se trata de un proyecto dedicado a cultivar la conciencia de pertenencia; encontrar el sentido de la propia identidad en la pertenencia a una comunidad, a un pueblo, a una historia y, ya desde la fe, al plan salvador de Dios.

- En la universidad que quiera iniciar a la sociedad de hoy es más importante *el saber como proceso* que los saberes aislados. El saber como proceso da una manera de situarse en la vida desde la contemplación, más que desde la memoria, incluso más que desde la lógica. El saber como proceso relativiza las respuestas que las ciencias nos ofrecen y da más importancia al *método*, que nos hace interrogarnos y escuchar.
- En la universidad iniciadora los saberes y las asignaturas, tienen su puesto, pero siempre *en el contexto de la pertenencia*. Es decir, mostrando su relación con la vida y la persona del alumno, con su experiencia de vivir, con sus preguntas vitales. De tal forma que la persona pueda encontrar su lugar en el universo de las ciencias, en el conjunto de las relaciones que van descubriendo el sentido del mundo y de la historia.
- Y lo más decisivo para la *iniciación*: la creación de un ámbito donde se haga posible el nacimiento de relaciones estructurantes, donde crezca *el sentimiento de pertenencia*, no la ideología de la pertenencia. Hablamos de *la comunidad*. Todo el proyecto educativo tendría que girar en torno a la comunidad y la creación de comunidad (*pensar comunidad* en su dimensión de proceso y de progresiva implicación: lazos de comunión, círculos de comunidad, desde los más amplios a los más comprometidos...).

Dicho de otra forma: concebir la universidad como lugar de encuentro, de convivencia, de escucha, de comunicación; concebirla y plantearla como un escenario donde los alumnos, al igual que los demás miembros de la comunidad educativa, se conviertan en actores de un aprendizaje constructivo basado en la experimentación de los valores que construyen la comunidad.

Como bien se ve, hemos dejado de lado aquella universidad identificada como “centro de enseñanza superior”, encuadrada en un “marco académico” y estamos propugnando

la universidad como *ámbito de vida*, plataforma educativa en la que se dan grupos humanos originados por afinidades culturales, deportivas, festivas, amistosas, políticas y también religiosas; afinidades e intereses que dan origen a las mil y una actividades que se desarrollan en el marco universitario, entre profesores, alumnos, padres de alumnos, simpatizantes, entre otros: charlas, competiciones, campañas de realidades humanas, experiencias sociales, investigación y también grupos de catequesis, no sólo de alumnos, sino también de padres, profesores, formados por aquellos miembros de la comunidad educativa que deseen profundizar en su fe.

DESDE LA COMUNIDAD Y PARA CONSTRUIR COMUNIDAD

Demasiado frecuentemente hablamos de “comunidad universitaria”, “comunidad educadora”, “comunidad cristiana”, como si fueran realidades evidentes. Quizá la legitimidad con que se utilizan está en proporción a la seriedad con que se asumen en cuantos retos y no tanto como realidades que se suponen existentes.

Hablemos, pues, de estos retos y notemos que *meta* y *camino* coinciden en la comunidad. La comunidad representa el *contenido* y el *método* de nuestro proyecto educativo; y aún hay que añadir: ella es también el *sujeto*.

La comunidad como *estilo de vida* es la propuesta que la universidad católica plantea como meta, y así intenta organizarse internamente, como ya queda dicho: es un “ensayo de alternativa social” que adquiere, cada vez con más nitidez, la forma y el contenido de una *educación para la justicia y la solidaridad*, a modo de *eje transversal* que afecta a todo el desarrollo curricular y a toda la vida de la comunidad educativa.

La comunidad educadora: Vivir para transmitir

El *proceso hacia la comunidad* solo se puede impulsar desde una comunidad. Si hablamos de la universidad como comunidad, en su sentido amplio, es solo en la medida en que existe la comunidad educadora, en sentido restringido.

Precisemos los «márgenes» de esta comunidad educadora: tradicionalmente, estaba integrada por los profesores y el equipo directivo; solo ellos intervenían en la vida universitaria. Pero esto ya no es así; o al menos, no puede seguir siendo así. Las necesidades de la educación en esta sociedad de hoy se han hecho de tal forma complejas que no pueden ser satisfechas por una sola persona, el clásico maestro único; por el contrario, requieren la colaboración de una pluralidad de educadores que actúen todos en una misma dirección, aunque desde distintos ángulos: los profesores de

las diferentes materias, monitores de «tiempo libre», animadores de grupos cristianos, «enlaces» con instituciones sociales y eclesiales, redes de universidades.

Esta diversidad de educadores tendrá que dar lugar a nuevas estructuras de relación y encuentro que superen el «claustró de profesores», pero también que vayan más allá del modelo *equipo* en favor de la comunidad.

Ciertamente, el funcionamiento de la institución universitaria exige un equipo educativo que se reparta las tareas y el equipo directivo que ha de coordinarlas. Pero el proyecto educativo no tendrá vida ni podrá contribuir a la gestación de la personalidad de los educandos si no es elaborado, vivido y sostenido por *una comunidad de personas* que han aceptado y decidido, no solo elaborarlo y formularlo, sino también *vivirlo juntos y sostenerlo juntos* para hacerlo vivir. Así es como todos los miembros de una comunidad educativa se convierten en autores de un proyecto.

Podemos hablar de «comunidad educadora», y no solo de «equipo de educadores», en la medida en que está formada, sobre todo, por *educadores vocacionados*, que, por tanto, han superado la perspectiva meramente laboral e incluso la profesional y se organizan en función de los alumnos, intentando dar la mejor respuesta posible a las necesidades de éstos. A ello se orientan predominantemente las reuniones de la comunidad. De igual modo, la obra universitaria es considerada como medio de satisfacer las necesidades educativas de los alumnos, más allá de los programas oficiales y más allá de lo legalmente establecido. Y entre los alumnos, los más necesitados son objeto de mayor atención.

La voluntad de dar respuesta a las necesidades de los alumnos sitúa a la comunidad en actitud de búsqueda y creatividad: no absolutiza las diversas estructuras universitarias sino que las somete a crítica para asegurar su validez actual: las mejora, las cambia, inventa otras nuevas...

Pero no se trata de una «asociación» exclusivamente «funcional», una organización para que las actividades educativas funcionen bien. Es necesario lograr una auténtica comunidad donde la persona del educador crezca, se realice, se encuentre a gusto; y esto es condición básica para que la finalidad última de la universidad, centrada en el educando, pueda alcanzarse.

Cuatro dinamismos, dependientes entre sí, habrán de introducirse en la vida de la comunidad educadora para que ésta crezca y madure:

- *La valoración personal*: se construye «desde abajo», desde el reconocimiento de las limitaciones humanas; así podríamos hablar de diferentes niveles de «valoración»

que van incorporándose en el proceso: soportarse, respetarse, aceptarse, estimar las diferentes identidades, facilitar que cada uno pueda expresarse y obrar según sus cualidades.

- *La comunión de personas*: para llevar a cabo un proyecto común no basta con la valoración personal; es necesario que las personas estén dispuestas a dejarse moldear por los otros, a promover la comunicación, a establecer relaciones constructivas.
- *La corresponsabilidad*: es una consecuencia de la comunión entre las personas y de la conciencia de estar realizando juntos la misma misión. El proyecto tiene que ser obra de todos; pero, para ello, cada uno ha de sentirse protagonista, urgido por las necesidades que se presentan, responsable de los objetivos planteados, solidario con las decisiones de la comunidad.
- *La comunidad de saberes*: que en el diálogo desde las disciplinas posibilita la interdisciplinariedad, la transdisciplinariedad, mostrando que la ciencia es un escenario que permite la correlación razón y fe, el conocimiento de la complejidad de los procesos sociales y humanos y la búsqueda del crecimiento integral de la persona y del tejido social.

¿Qué consecuencias tienen estos dinamismos para la comunidad educadora?:

- Debe constituirse como *lugar de amistad y valoración mutua*; ha de programar momentos de encuentro y celebración, de expansión y fiesta.
- Deberá dar gran importancia a *la comunicación* dentro del grupo, y esto tanto más cuanto mayor es el número de componentes. Muchas otras deficiencias en las relaciones y en el funcionamiento tienen aquí su raíz. Habrán de buscarse cauces fluidos y eficaces que faciliten la comunicación: entre los directivos y el conjunto del profesorado, de los educadores entre sí; de éstos con los demás estamentos de la comunidad universitaria.
- Ha de fomentar *el diálogo* en el grupo; que todos puedan expresarse, que se estimule la participación de todos, el escucharse mutuamente. En la toma de decisiones hay que procurar que, en lo posible, se haga por consenso o acuerdo, y no mediante votación. Para ello es preciso pasar de la discusión al compartir: discutir es exponer

las propias ideas para defenderlas; compartir es proponer sus ideas para enriquecerlas con las ideas ajenas; solo el diálogo compartido hace posible el progreso.

- La integración ha de llevarse a cabo, no mediante la reducción de las diferencias entre los miembros del grupo, sino mediante su *complementariedad*. Es frecuente, sobre todo en grupos reducidos, que se ahoguen muchas iniciativas por temor a sobresalir, a sentirse apuntado con el dedo... Y hay que tener en cuenta que la nivelación tiende a darse por el listón más bajo o más cómodo, no por el más exigente.

Estas y más cosas que caracterizan a una comunidad han de situarse en un proceso: la comunidad no es algo que uno se encuentra «hecho», ni siquiera cuando se ingresa en una que lleva tiempo funcionando. *La comunidad es siempre algo por construir*: desde el intento, siempre renovado, de acercamiento a cada una de las personas; desde una actitud de diálogo que me obliga con frecuencia a dejar de lado las propias opiniones para considerar las de los otros; desde la búsqueda conjunta de los fines de la comunidad; desde el trabajo en equipo, con todas las dificultades que lleva consigo, sobre todo para quien está acostumbrado a dirigirse «magistralmente» desde una tarima a un grupo de jóvenes que «solo pueden escuchar». Habrá que superar miedos, inseguridades, prejuicios... Habrá que aprender a perdonar, olvidar, disculpar... Estamos ante un camino arduo, si se quiere tomar en serio.

En el horizonte de todas las decisiones de la comunidad educadora, deberá estar siempre muy presente lo que ha motivado nuestra asociación: las necesidades educativas de nuestros alumnos. Solo volviendo a ellas, dejándonos interrogar por ellas, podremos dinamizar la comunidad.



EL PROYECTO EDUCATIVO DE UNA UNIVERSIDAD CATÓLICA

De forma un tanto convencional podemos representar los niveles de un proyecto educativo cristiano en tres círculos concéntricos, a cuyo interior solo se accede pasando por los más externos. Cada uno de ellos expone y profundiza una propuesta, no una imposición. Es normal que el nivel más interno, que implica el haber aceptado la fe, tenga como destinatarios efectivos a un número sensiblemente menor que los anteriores niveles.

PRIMER CÍRCULO. PERSONALIZACIÓN O «PEDAGOGÍA DEL UMBRAL»

El objetivo de este primer círculo se centra en hacer pasar de una situación previa de pasividad en el mundo a una situación crítica y activa: el joven se sitúa en el mundo críticamente (aprende a leerlo y a descubrir su significado) y activamente (viviendo según unos valores).

Es la propuesta de un modo de ser y de estar en el mundo: el talante o estilo cristiano ante la vida, la sociedad y Dios mismo. Descubre, ante todo, el valor de la persona, no aisladamente sino en referencia a los otros. En el proceso de evangelización, este nivel tiene ya sentido en sí mismo, pues la «personalización» es el primer efecto de la Buena Nueva. Al mismo tiempo es «pedagogía del umbral» o “de los umbrales”, en cuanto que pone al educando en camino y desarrolla su capacidad de superación: le estimula a “cruzar umbrales”, es decir, a hacer opciones que van configurando su vida; lo educa en aquellas dimensiones que le permiten profundizar en su propio misterio hasta llegar al umbral de la fe.

La base de esta «pedagogía del umbral» se encuentra en aquel primer rasgo con que el Concilio definía la nota distintiva de la escuela católica: «*Crear un ambiente en la comunidad escolar animado por el espíritu evangélico de libertad y de caridad*» (Gravisimum educationis, 8).

Las dos dimensiones de ese espíritu evangélico no están escogidas al azar: *libertad*, como expresión de la dignidad del hombre y su capacidad de apertura a Dios; *caridad*, como síntesis de los valores que permiten experimentar a Dios mismo. Ambos deben dar vida y forma al ambiente educativo.

Son muchos los factores que intervienen en la formación de ese ambiente y no todos dependientes de la institución universitaria. Algunos, tan elementales como los locales, los símbolos y adornos utilizados, o la distribución de los horarios, o las facilidades que se dan para la interrelación, el diálogo, la formación de grupos, la amistad, la participación, la investigación, la conexión con la vida social externa... Pero nos parece que hay tres factores fundamentales, creadores de ambiente, por encima de todos los demás:

- El primero, *el propio educador*: su influencia será tanto más positiva cuanto mayor conciencia tenga del sentido ministerial propio de su profesión.
- El segundo, *la comunidad educadora*: los valores de vida se transmiten a través de ella. Pero dentro de ella, de manera especial *la comunidad cristiana*; no sólo la comunidad adulta de fe, sino también la que se encuentra *en camino*, los grupos catecumenales, diseminados en el conjunto de alumnos, profesores, padres y que son auténtico fermento en la comunidad universitaria.
- El tercero, *la comunidad científica*: que posibilita en el diálogo de los saberes, la comprensión de la complejidad del misterio de la persona, y la búsqueda de caminos para su desarrollo y plenitud.

Veamos ahora tres perspectivas complementarias de esta *pedagogía del umbral*. Son también tres dimensiones que nos indican en qué direcciones debe desarrollarse un proyecto educativo evangelizador.

• Educación para los valores

Se llega al umbral de la fe apoyándose en ciertos valores humanos fundamentales; antes de sentir la necesidad de Alguien que me salve, he de descubrirme yo mismo como alguien (no «algo») que necesita ser salvado, he de descubrir la dignidad de la persona humana, he de reconocer la capacidad de elección y decisión que caracteriza a la persona.

Los valores se proyectan y autentifican en actitudes; unos y otras se reflejan, socializan y también se asimilan a través de normas de comportamiento social. Valores, actitudes y normas pasan a ser *contenidos curriculares* que han de ser objeto de enseñanza y aprendizaje en la universidad. Desde su Carácter Propio y a la luz del Evangelio, la universidad católica desarrolla una pedagogía de los valores que, en síntesis, se fundamenta en la prioridad al respeto al otro, la solidaridad responsable, la creatividad y la interioridad, vistos desde la perspectiva que aporta la inspiración evangélica del amor cristiano.

Educando en los valores y para los valores, la universidad forma a la persona desde dentro, la libera de los condicionamientos que pudieran impedirle vivir plenamente como persona. Para ello tendrá que promover experiencias y desarrollar contenidos programándolos para cada nivel; también a través de campañas ocasionales, pero sobre todo a través de la interacción con los educadores y con los distintos escenarios sociales del entorno: así es como la universidad facilita la interiorización de los valores y la construcción de un nuevo ambiente basado en esos mismos valores.

• Educación para la utopía (o «en la esperanza»)

La expresión es arriesgada. Puede hacer pensar que se trata de cultivar sueños sobre un mundo inexistente, lo cual solo generaría frustraciones y personas inadaptadas. Pero aun contando con su ambigüedad nos parece un concepto muy apropiado para expresar esta dimensión que distingue la educación humana del domesticamiento animal: no la simple acomodación a la realidad, sino la mejora y transformación de la realidad presente.

Una educación humana debe ser siempre «utópica», pero con mayor razón una educación cristiana. A nadie como a los educadores puede aplicarse esta afirmación del Concilio: «El porvenir de la humanidad está en manos de quienes sepan dar a las generaciones venideras razones para vivir y razones para esperar» (Gaudium et spes, 31).

Educar «en la esperanza» o educar «para la utopía» es cultivar expectativas, preparar personas que se nieguen a aceptar la realidad actual como única realidad posible y se empeñen en su transformación. En una perspectiva cristiana es cultivar la apertura al Reino de Dios que está llegando a este mundo; es despertar en el educando el deseo del Salvador y, por tanto, acercarle al umbral de la fe en Jesús. Educar «en la esperanza» es educar en el valor de la vida, su significado y su destino, el sentido del más allá, la superación de las estructuras, la capacidad de mejorar el presente.

Desde este sector de la «pedagogía del umbral», la universidad, al menos la universidad católica, debería salir al paso de una acusación frecuentemente repetida: que reproduce el modelo social en el que está inmersa y prepara a sus alumnos para perpetuar el sistema. Pero también debe mostrar que la persona no se completa sino sobrepasándose y abriéndose a Dios, y que «el mensaje cristiano no aparta a los hombres de la edificación del mundo ni los lleva a despreocuparse del bien ajeno; sino que, al contrario, les impone como deber el hacerlo» (Gaudium et spes, 34).

Sin ninguna duda, la dimensión de la que hablamos tiene hoy unos rasgos bien definidos, a través de la educación para la justicia. Un proyecto educativo evangelizador debe desarrollar a través de los programas curriculares un plan global y coherente para educar en la justicia, que comience por promover la revisión de aquellas estructuras de la institución universitaria que influyen en la manera de percibir este valor. Dicho plan propone «momentos fuertes» para realizar en toda la universidad, como campañas y jornadas sobre realidades humanas de injusticia y marginación. Ofrece experiencias, graduadas por niveles, que ponen a los jóvenes en contacto con la realidad: facilita el conocimiento de situaciones concretas, ayuda a hacer una lectura crítica y conduce al compromiso. Promueve el voluntariado social, la implicación activa

en organizaciones comprometidas con la construcción de un nuevo país. Todas las unidades académicas participan en el plan, en el cual se incluyen o se subrayan una serie de núcleos relacionados con la justicia social.

En esta educación transformadora, la universidad católica debe constituirse en signo interpelante, desde sus propias opciones en favor de la solidaridad y la justicia:

- Tomando una postura activa y crítica en la «búsqueda del pobre», en un movimiento de círculos concéntricos que va desde los destinatarios más próximos hacia los más lejanos.
- Abriéndose a las diferentes formas de pobreza, desde una actitud de discernimiento, para tratar de descubrir las nuevas formas de desamparo, de marginación, de desgracia, de injusticia... Sobre todo, no ha de dejar ninguna duda en su testimonio y disponibilidad en favor de las minorías, de los colectivos marginados.

• Educación para la búsqueda

El tercer sector de la «pedagogía del umbral» nos viene a recordar que la mejor universidad no es la que da muchas respuestas, sino la que genera preguntas en el interior de la persona y la incita a buscar respuesta. El problema de muchos de nuestros jóvenes es que han oído muchas respuestas, pero no tienen interrogantes que les inquieten, por eso no buscan.

Educar para la búsqueda supone:

- Desarrollar la capacidad de preguntarse, y no sólo de aprender.
- Desarrollar la capacidad crítica y transformadora, y no sólo de integrarse en el sistema.
- Desarrollar la apertura al Misterio, descubrir el sentido «sacramental» de la vida y del mundo, en lugar de proponer tan sólo un descubrimiento científico pero opaco de la realidad.

Es un aspecto que toca de lleno, sobre todo, a la metodología empleada en las diversas disciplinas universitarias: si, más que almacenar conocimientos, se promueven las facultades de observación, imaginación, juicio y previsión; si se prefieren las actividades orientadas a la investigación y a la expresión personal, sobre la enseñanza magisterial; si hay una estrategia que acostumbre a la reflexión, el recogimiento, la meditación y el estudio, que facilite el acceso a la interioridad y el respeto al misterio de los seres, que suscite el instinto de lo sagrado.

SEGUNDO CÍRCULO. EL DIÁLOGO FE-CULTURA

Dos tareas, a cuál más importantes, se imponen en este nivel:

• Evangelización de la cultura

La primera se refiere a la transmisión de la cultura, aquello que justifica la existencia de la universidad. El riesgo de la universidad católica actual está en descuidar esta tarea de evangelización de la cultura y reducir lo específico de su identidad a un plan de actividades religiosas. Su primer objetivo no es el de la propuesta de la fe, sino el de la transmisión de una cultura abierta a las dimensiones espirituales y religiosas, a perspectivas cristianas y evangélicas.

La cultura no equivale a un «conjunto de saberes». La universidad católica proporciona las claves y el discernimiento humano y cristiano para que el «saber», unido a las «destrezas» y a los «valores», adquiera sentido y significación y se transforme así en «cultura», capaz de estructurar el pensamiento de la persona. En la práctica es una tarea delicada y discreta, pero irrenunciable, que ha de concretarse en cada área de contenidos. A través del Proyecto Curricular Universitario, desde el profesorado pero también con auxilio de otras personas que puedan aportar luces de discernimiento, deberá analizarse cada uno de los currículos propuestos. Sin presuponer fácilmente la inocencia o neutralidad de los contenidos, así como de la metodología. Por ejemplo, en torno a un mismo mecanismo aritmético se puede estar haciendo un planteamiento de problemas que fomentan sistemáticamente el afán de tener más, por encima de la solidaridad con el prójimo; o, por el contrario, puede favorecerse una sensibilización respecto de las dificultades que atraviesan los que menos tienen.

• Inculturación de la fe

La segunda tarea es la propuesta del sentido cristiano del mundo, de la persona y de la historia, la exposición de las claves cristianas de interpretación de las experiencias vitales del alumno, el anuncio del Mensaje de Salvación. Es propio, aunque no exclusivo, de la Enseñanza Religiosa, y lleva consigo otra labor como contrapartida con la que antes señalábamos de «evangelización de la cultura»: la inculturación de la fe; exige una gran sensibilidad a los desafíos que la cultura lanza a la fe, una disposición para no evadirse de los problemas que hoy tiene planteados el hombre desde el campo de la ciencia, la civilización.

La aportación principal de la Enseñanza Religiosa al proceso de educación de la fe consiste en la formulación racional («cultural») de la identidad cristiana y la posibilidad de integrar el saber religioso entre el conjunto de saberes humanos como un elemento crítico y direccional.

La Enseñanza Religiosa, dentro del proceso educativo evangelizador, se relaciona con los otros dos círculos y asume ciertas funciones propias de aquellos, pues en el proceso de educación de la fe es más normal la continuidad que las rupturas. Así, de la pedagogía del umbral asume la capacidad de interrogar, de llamar la atención sobre las cuestiones más trascendentales de la vida humana, del sentido último de la historia y del mundo. Proporciona una escala de valores a partir del Evangelio, efectúa una crítica de la sociedad actual, al tiempo que ofrece cauces y esperanza para cambiarla. Por otra parte, al anunciar explícitamente a Jesús y su mensaje, la Enseñanza Religiosa se sitúa justo al otro lado del umbral, para facilitar la entrada a quienes hayan recorrido el camino previo y deseen dar el paso. Actúa de esta forma como lazo de conexión entre el primero y el tercer círculo.



A veces puede asumir también funciones características de la catequesis, sobre todo en la medida en que predominan alumnos creyentes, animándoles a la vivencia del mensaje cristiano, ofreciendo momentos de oración y celebración, incluso jornadas de reflexión y convivencia cristiana. De esta forma despierta el deseo de una plena catequización, que puede lograrse en los grupos que se forman con este objeto al margen del horario académico.

TERCER CÍRCULO. LA CATEQUESIS EXPLÍCITA DE INICIACIÓN

Es la propuesta abierta de la fe cristiana y su profundización hasta llegar a la plena incorporación en la comunidad eclesial.

La universidad católica realiza esta propuesta en diversos grados a través de sus estructuras: en primer lugar, por el testimonio de vida de los educadores cristianos; en el aula con espacios académicos de cultura religiosa; con ofertas de libre participación como las convivencias cristianas o celebraciones religiosas; y siempre que sea posible, con grupos de profundización en la fe, que funcionan fuera del horario académico, donde se desarrolla un proceso sistemático de iniciación cristiana y donde convergen o toman consistencia todos los otros elementos catequísticos citados anteriormente.

UNA TENSIÓN FECUNDA

Esta visión del proyecto educativo evangelizador en tres círculos, lejos de separar los objetivos educativos o de hacer compartimentos estancos en el proceso, permite resaltar su continuidad, de tal manera que al plantearnos determinadas metas que pudiéramos considerar más altas, correspondientes al tercer círculo –el de la profundización en la fe– nos daremos cuenta que el camino para alcanzarlas comienza en el primer círculo –la pedagogía de los umbrales–. Por ejemplo:

- La iniciación en la oración incluye y promueve la educación en la interioridad, en la capacidad de contempla-

ción, en la valoración del silencio, en la actitud de escucha, en el reconocimiento de la alteridad del interlocutor, todas ellas bases sustentadoras de la personalidad humana; y eso se puede hacer en la universidad desde los primeros semestres.

- La iniciación en la Palabra de Dios como fuente de la fe, incluye el descubrimiento de la palabra como vehículo de cultura y de experiencia, y el del lenguaje religioso como aproximación analógica en la expresión de las experiencias humanas más profundas, y la iniciación en el sentido del símbolo literario.
- La iniciación en el compromiso incluye la lectura crítica de la realidad, la educación para la justicia, la introducción en el voluntariado.

El educador cristiano vive, pues, en la tensión fecunda de estos dos polos: de un lado, el convencimiento de que la evangelización se realiza en cada momento del proceso educativo y la consiguiente satisfacción de saber que desempeña su ministerio apostólico en cualquiera de esos momentos, por muy “simplemente” humanos que parezcan; de otro, la tendencia a alcanzar los más altos grados de la evangelización y a facilitarlos a aquellos jóvenes que estén dispuestos a recibirlos, sabiendo que es una exigencia del propio proceso educativo el conseguir la mayor perfección y realización posible en cada persona. Como mediador entre el Mensaje de salvación y los jóvenes, el educador cristiano siente la urgencia de comunicar el don que ha recibido.